

LA LENGUA CATALANA

Una lengua puede verse desde una doble perspectiva: una, el racionalismo ilustrado del siglo XVIII; otra, el romanticismo decimonónico. En la primera, la lengua es una herramienta, un mero útil de comunicación. Cuantas más personas llegan a entenderse con ella, mejor. Cada idioma particular no es sino la sobrefaz de una gramática universal que subyace a todas. El romanticismo en el siglo XIX mira las cosas de una manera muy distinta. Una lengua es la expresión de un pueblo, la manifestación de su espíritu en la historia. Y, como hay muchos pueblos, también hay muchas lenguas. La unidad – latín, esperanto, castellano, inglés, etc – se convierte en torre de Babel. ¿Quién tiene verdad? Ambos, pues el hombre está dotado tanto de razón como de corazón. Sin embargo, como señaló Renan, la lengua no es el fundamento de una nación. Los colonos americanos no se sublevan por discrepancias verbales, sino por los impuestos sobre el té. Los nacionalistas catalanes – “España nos roba” – se interesan más por los impuestos pagados que por la conjugación gramatical. Nunca la lengua del poeta Maragall – “Ascolta Espanya...” – ha gozado de mayor libertad en el “Estado opresor”. Tal vez los separatistas guarden en su corazón, más que artículos y pronombres, una *guardiola* para ahorrar las monedas.

Pablo Galindo Arlés

6 de octubre de 2024